

CON EL FUSIL
EN LA ESPALDA

Primera edición: julio 2025

Con el fusil en la espalda
Cristián Pérez

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito
del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este
libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o
alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

© 2025 Cristián Pérez
© Editorial Planeta Chilena S. A., 2025
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

ISBN: 978-956-9993-77-0
Registro de propiedad intelectual: 2025-A-4251
Impreso en: CyC Impresores Ltda

CON EL FUSIL EN LA ESPALDA

La historia del arriero revolucionario y el ocaso
del Frente Patriótico Manuel Rodríguez

Cristián Pérez

CRÍTICA

Índice

Presentación	9
I. Don Severino	13
Al galope.	13
La escuela del Partido.	17
Maldita ley	20
A centímetros de la muerte.	25
Sin miedo en la cordillera.	30
Con la oreja parada al otro lado de la muralla	44
El temporal	49
La cartilla	56
II. Manuel	65
La portada de <i>VEA</i>	78
El maletín	81
El balcón	87
Las ruedas	89
Las vainillas	91
Culatazos y torturas	101
“Si yo a Cuba le cantara...”	104
“Vendrá la guerra, amor...”	109
La caleta	114
Una cáscara de nuez	126
El agente soviético	134
El auto.	138
Peinado a la gomina	146
Cordilleras.	158
Cazuela de gallina castellana	165

La caída.	170
La mina.	172
Marcianos	178
Con el FAL terciado en la espalda	182
Cazando	185
III. La foto de “Domingo”	
El bandido.	211
Vaca asada	215
El RUT	223
El sobre	227
Salvataje	239
Cervezas brasileñas.	245
El GAP chileno de Chávez	248
El colapso	257
Un último viaje	260
Referencias	265

Presentación

Quebrada de Canelilla Baja, al interior de Ovalle, en la región de Coquimbo. Domingo 1 de octubre de 2023. Frente a la sencilla parroquia de tablas se ha instalado un ataúd de color café oscuro. A su lado se han colocado decenas de coronas, entre las que destacan una del Partido Comunista y una gran foto que muestra a un señor de mediana edad vestido de huaso. A la izquierda del cajón se ubica un conjunto de música mexicana, cuyos integrantes visten chaquetas rojas y sombreros blancos. Sentados en un semicírculo, unas trescientas personas rodean el féretro. Más atrás, el caballo mulato de don Severino¹ permanece ensillado. Decenas de huasos montados y con sus sombreros en la mano completan la escena. Es una mañana nublada, como si el cielo de Canelilla estuviera triste por la partida de su vecino más ilustre. En el horizonte, hacia el noroeste, se divisan los distintos tipos de verdes que bordean el río Limarí.

Seis personas luciendo pañoletas y brazaletes rojos con la hoz y el martillo se ubican al lado del féretro como guardia de honor. Entre ellos destaca un hombre de camisa y chaqueta oscura, que en esta historia será conocido como Manuel, quien fue un importante militante del Partido Comunista y

1. No es su nombre real.

del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, que era íntimo amigo, compañero y un verdadero hijo para el fallecido.

De pronto, una voz grita: “honores al que merece honor. ¡Atención, firmes!”. Un dirigente regional del Partido Comunista toma el micrófono y dice: “Quiero expresar también la valentía de don Severino y su familia a través de los años, especialmente en los aciagos días de la dictadura cívico-militar que enlutó nuestra patria (...) ¡Don Severino puede descansar en paz!”. A continuación, los asistentes entonan La Internacional: “Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan. Y gitemos todos unidos, viva la Internacional (...) Agrupémonos todos en la lucha final, y se alcen los pueblos con valor por la Internacional”. Luego corean vivas al Partido Comunista y al FPMR.

Más adelante, vestida de huasa, con poncho, sombrero y botas, la nieta regalona del difunto baila tres pies de cueca sin pañuelo. Al terminar, llora desconsoladamente. A continuación, el conjunto mexicano interpreta las rancheras favoritas del arriero fallecido. Luego de la bendición del sacerdote, el ataúd es cargado en el carro mortuario que, repleto de coronas y ramos de flores, parte en dirección al cementerio de Ovalle, seguido por los huasos que tiran del caballo ensillado. El cuerpo de don Severino, por última vez, recorre aquel camino en el que había galopado junto a su madre hacía un siglo.

El fallecido era el patriarca de una gran familia de arrieros, cabreros y pirquineros politizados por sus familiares, llegados del norte en los años 30 del siglo xx. Manuel, el hombre de camisa y chaqueta oscura, que ha viajado muchos kilómetros para estar presente en el funeral, es un ingeniero nacido en Ovalle, y ha sido militante comunista y uno de los más importantes dirigentes frentistas. Juntos realizaron múltiples acciones de resistencia a la dictadura. Sobrevivieron a las duras condiciones de las cordilleras y a la persecución pinochetista.

Don Severino, el arriero comunista, y Manuel, el ingeniero frentista, son los protagonistas de esta historia de revolucionarios, cuyo ámbito natural eran las altas cordilleras del norte chileno y la frontera entre ambas naciones.

Don Severino

*¿Qué sabes de cordilleras
Si tú naciste tan lejos?
Hay que conocer la piedra
Que corona al ventisquero
Hay que recorrer callado
Los atajos del silencio
Y cortar por las orillas
De los lagos cumbrereños
Mi padre anduvo su vida
Por entre piedras y cerros
La viuda blanca en su grupa
La maldición del arriero
Llevó a mi viejo esa noche
A robar ganado ajeno
Junto al paso de Atacalco
A la entrada del invierno
Le preguntaron a golpes
Y él respondió con silencio
Los guardias cordilleranos
Clavaron su cruz al viento
Los Ángeles, Santa Fe
Fueron nombres del infierno
Hasta mi casa llegaba*

*La ley buscando al cuatrero
Mi madre escondió la cara
Cuando él no volvió del cerro
Y arriba en la cordillera
La noche entraba en sus huesos
Él que fue tan hombre y solo
Llevó la muerte en su arreo
Nosotros cruzamos hoy
Con un rebaño del bueno
Arriba en la cordillera
No nos vio cruzar ni el viento
¿Con qué orgullo me querría
sí ahora llegara a saberlo?
Pero el viento no más sabe
Donde se durmió mi viejo
Con su pena de hombre pobre
Y dos balas en el pecho.²*

Al galope

La quebrada de Canelilla Baja se ubica a unos diez kilómetros al sureste de la ciudad de Ovalle. Para llegar hay que cruzar el río Limarí, justo en el pequeño villorrio llamado Villaseca, por la ruta D-593, que hoy es un camino culebrero, angosto y asfaltado por el que apenas caben dos vehículos. La quebrada tiene un tránsito intermitente de agua y su paisaje, salvo excepciones, es de cerros cafés con escasa vegetación nativa, por lo que solo existe agricultura familiar campesina con pequeños huertos de limones y olivos, una que otra siembra de choclos, porotos y tomates.

Hace justamente un siglo, el panorama en la quebrada de Canelilla era diametralmente diferente, porque en ese tiempo las escasas familias campesinas del lugar no solo producían los tradicionales quesos de cabra: también sembraban trigo,

2. Patricio Manns, “Arriba en la cordillera”. Esta canción fue una de las más populares de fines de los años 60.

porotos viejos, choclos y lentejas, porque en la zona eran frecuentes las lluvias y el pequeño valle era verde, por lo que esos productos se daban en abundancia. También los campesinos cortaban leña de los, entonces, abundantes espinos. Una vez a la semana, los arrieros llevaban sus tropillas de burros cargados de leña de espio para venderlas en Ovalle. Así era la vida del campesino de esa zona en esa época.

Como las familias eran numerosas y para subsistir necesitaban conseguir dinero en efectivo, algunos hijos se trasladaban a las pampas del norte para trabajar en las salitreras y en otras faenas mineras, desde donde enviaban dinero a sus familiares. Las hijas y una parte de los jóvenes se quedaban dedicados a las labores del campo. Eso ayudaba a mitigar las necesidades económicas de las familias que debían permanecer en los campos.

Desde hacía varias generaciones, en Canelilla moraba una gran familia de campesinos. En 1923 nació un niño al que llamaron Severino. Cinco años después, muy temprano el jueves 2 de febrero de 1928, el niño y su madre Elena ensillaron dos caballos y salieron con dirección al Registro Civil de Ovalle, con el fin de legalizar el nacimiento del infante. Por el camino se desafiaron a una carrera hasta el antiguo puente de madera de Villaseca, que la madre ganó por una nariz. La fecha de nacimiento estampada en el carné de identidad de Severino, entonces, no refleja en realidad su verdadera edad. Eso era habitual en las zonas campesinas chilenas, donde los niños nacían en las casas ayudados por parteras o comadronas, porque las ciudades estaban distantes, no había locomoción pública para llegar a un hospital o sencillamente no existía un centro asistencial cercano.

En sus primeros años de vida el niño Severino no lo pasó bien. Era hijo de un señor del pueblo de Samo Bajo, que queda a varios kilómetros de Canelilla en dirección a la cordillera, cuyo apellido se desconoce. Posteriormente, Elena se casó

con Juan, quien reconoció al niño y le dio su apellido, pero nunca lo aceptó y jamás lo quiso como a un verdadero hijo.

Del padre genético Severino heredó la tez morena, la musculatura y el metro 87 que lo distinguía entre sus hermanos y los otros habitantes de la zona. Con el tiempo, la familia quedó conformada por cinco hermanos, cuatro del matrimonio de su madre con su padrastro y él.

Juan, su padre legal, desde muy chico daba a Severino las tareas más pesadas del campo. Para cumplir con esas obligaciones, el niño tenía que salir desde el alba a pastorear las cabras por las montañas cercanas, y hasta la noche no podía llegar a su casa. Para la dura tarea del pastoreo, Elena, su madre, le arreglaba en una bolsita un trozo de queso, un pedazo de tortilla de rescoldo, charqui, quesitos de higos con nueces. El infante no llevaba agua, porque comía ruma de quisco en las montañas donde cuidaba el ganado. Esta planta tiene un alto grado de potasio y es muy eficaz para combatir la sed en aquellos parajes escasos de agua.

Al atardecer, en los campos, la hora de la oración, Elena dejaba sus quehaceres y en un pimiento que aún existe lo iba a esperar con un jarro de té, mate y comida, ya que en la casa estaba restringido porque era un hijo no querido. Como vemos, Juan, el patriarca de una familia tradicional campesina, padre legal de Severino, no lo quería, lo explotaba, como diríamos hoy, y le daba malos tratos. Quizás porque siendo un niño todos los días de la semana tuvo que salir al cerro a trabajar cuidando los ganados de cabras, de todos sus hermanos fue el más longevo y tuvo una salud de hierro. Nunca, en sus más de cien años de vida, conoció doctor. Tampoco tuvo ambiciones económicas, ni se aprovechó de los cargos que tuvo.

Desde muy pequeño, en los meses de primavera y verano, el niño se trasladaba hasta las vegas de la alta cordillera, en la que veraneaban los ganados de cabras y otros animales, donde permanecía varios meses cuidando animales y haciendo quesos. Así empezó a conocer las montañas, los nombres

de los cerros, los pasos cordilleros, el nacimiento de las aguas; las diferentes plantas, los animales salvajes, las aves. También aprendió a pescar con anzuelo y a cocinar los peces atrapados. Además, entendió ahí que no debía temer al diablo, a los brujos, duendes y todos esos seres mitológicos que formaban parte de la cosmovisión campesina. También, desde pequeño, aprendió a disparar con un fusil Mauser de tiro a tiro que le hicieron sus tíos maternos. Con el tiempo se convertiría en un experto en sobrevivir en las altas montañas, en traspasar las cordilleras en cualquier época del año. Décadas después, cuando enfrentará la dictadura pinochetista, a Severino el conocimiento que había adquirido en su etapa infantil le será de gran utilidad.

La escuela del Partido

Cuando Chile cumplía un siglo de vida independiente se desató una grave crisis en la agricultura del país, lo que provocó que las ciudades y pueblos que vivían de la labranza comenzaran un acelerado proceso de deterioro en sus condiciones de vida. Muchas personas que vivían como inquilinos en los fundos debieron salir de las haciendas y trasladarse a los pueblos circundantes y otras ciudades. Muchos de ellos, como los hermanos Fernández, tíos maternos de Severino, tomaron sus escasos bártulos y en 1914, en la recientemente inaugurada estación ferroviaria de Ovalle, abordaron el popular Longino (Ferrocarril Longitudinal Norte), que luego de varios días de viaje los dejó en la región de Antofagasta.

En el norte árido consiguieron trabajo como obreros en una de las numerosas oficinas salitreras de la región. No sabemos en cuál de ellas fue, o si en esos años trabajaron en varias faenas diferentes. Lo cierto es que ese periplo laboral por la zona del nitrato hizo que los hermanos Fernández adhirieran a las ideas marxistas del Partido Obrero Socialista primero y del Partido Comunista después.

En la zona, los Fernández de Canelilla conocieron personalmente al máximo creador de la izquierda chilena, Luis Emilio Recabarren, y a otros dirigentes de la etapa fundacional. Como magníficamente lo muestra el historiador Jorge Navarro López en su gran obra *Por la emancipación obrera*,³ el fundador de la izquierda chilena postulaba como método para la politización de la por entonces incipiente clase obrera, la creación de periódicos, orquestas clásicas, clubes literarios, escuelas donde enseñaban a leer y a escribir, y también los primeros conceptos matemáticos. De ese modo, los Fernández, que al llegar al norte salitrero eran analfabetos, aprendieron a leer en las escuelas obreras de la zona.

Casi dos décadas después de su salida de Canelilla, debido a la crisis salitrera de 1931, miles de obreros que se desempeñaban en esas faenas retornaban a sus lugares de origen. Los hermanos Fernández juntaron sus últimos pesos y compraron un pasaje para el tren Longino. Dos días más tarde, se bajaron en la estación ferroviaria de Ovalle y caminaron unos diez kilómetros hasta la casa paterna, en la quebrada de Canelilla. Traían escasos bienes comprados en sus días de mineros, pero en lugar de ser analfabetos y despolitizados como cuando habían salido veinte años antes, ahora leían, escribían y eran militantes comunistas. Habían entendido las ideas que hablaban de la redención de los oprimidos y las habían asumido como una forma de vida que mantuvieron hasta sus últimos días.

Al retornar a Canelilla, para mantenerse, los tíos maternos de Severino comenzaron a pastorear cabras, cortar leña, sembrar porotos y choclos. En sus ratos libres de las actividades de subsistencia crearon una escuela para enseñar a los 52 niños analfabetos que había en el lugar, entre los que estaba Severino, que, a esas alturas, tenía unos seis años de haber

3. López, Jorge. *Por la emancipación obrera. Clase, política, arte y entretenimiento en la cultura socialista-comunista en Chile, 1912-1927*. Crítica, 2024.

sido inscrito en el Registro Civil y once de edad biológica. El niño trabajaba todo el día de lunes a domingo pastoreando cabras, por lo que no va a la escuela y no sabe leer ni escribir.

Recién había superado la decena de años cuando Severino ingresó a la escuela de sus tíos. Junto a su primo aprendió a leer, a escribir, a sentarse en la mesa y comer; ahí empezó a entender elementos del mundo que hasta ese momento desconocía. Lee novelas de literatura soviética traducidas al español como *Así se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski, editada en 1934 y traducida inmediatamente al español; *La guerra y la paz*, de León Tolstói, que había sido publicada en los años 60 del siglo XIX y *Ana Karenina*, del mismo autor, publicado en 1878, con lo que el universo de su hábitat campesino se amplía notablemente hacia otros mundos y nuevas experiencias. La costumbre de leer inculcada por sus tíos maternos la mantendrá hasta los últimos días de su vida. Sin embargo, la mayoría de los niños de Canelilla no fueron a la escuela: sus padres no los enviaron porque debían cuidar los ganados de cabras. Era la realidad de los campos chilenos en las primeras décadas del siglo XX, donde los campesinos no le daban importancia a la asistencia de los niños a las escuelas, porque o no había o estaban muy lejanas.

Julio Fernández y su hermano, tíos maternos de don Severino, eran militantes del Partido Comunista y a su vuelta del norte comenzaron, además de enseñar a leer a los niños, a divulgar los objetivos del Partido y a organizarlo en los campos de la región. Fueron, entre otros, los fundadores del Partido Comunista en la zona.

Los tíos Fernández eran pequeños de estatura, pero grandes en valores políticos, buenos organizadores; eran una especie de profesores populares que se habían formado en la escuela de Luis Emilio Recabarren y consideraban que educar a la juventud era la mejor manera de conseguir el socialismo. Ellos conversaban con los jóvenes utilizando modismos propios y cuando querían explicar algo, lo llevaban a la prác-

tica, lo ejemplificaban. Eran personas muy políticas, pero en el fondo predicaban el “buen vivir” en un sentido general, eran seres humanos que podían compartir unas copas sin armar conflictos, eran respetuosos, conversadores; a la juventud y a los niños les daban consejos que nunca más olvidaron. Por ejemplo, al joven Severino, que tenían trabajando en una mina de su propiedad a unos diez kilómetros hacia el noreste de Canelilla le aconsejaron que nunca dejara que ese mineral se perdiera, porque en él se ganará el sustento con picota y con barreno. Tal como lo habían sugerido los hermanos de su madre, seis décadas después la mina sigue activa, ayudando a sobrevivir a los descendientes de la familia.

Los tíos maternos de Severino eran personas muy trabajadoras. También tenían un gran conocimiento político, porque aprendieron con Recabarren a leer en los diarios, en un proceso continuo de autoeducación. Siempre un espacio para enseñarse entre ellos mismos. Los Fernández jugaron un papel muy importante en Canelilla, en Ovalle y en otras localidades. Como un homenaje a fines de los años 60 y comienzos de los 70, una célula partidaria llevaba el nombre de “Julio Fernández”.

Maldita ley

En 1946, cuando Severino tenía 18 años legales y unos 22 o 23 biológicos y desde hace tiempo era un hombre alto y fuerte que militaba en el Partido Comunista de la zona, organizado por sus tíos, deja Canelilla. Atrás quedan los ganados de cabras y las cosechas de porotos. Severino toma el tren para trasladarse al Norte Grande y trabajar en la industria minera. Para él es un alivio, porque la relación con su padrastro sigue siendo complicada, aunque la razón fundamental para emigrar es que en Canelilla y las áreas cercanas no hay donde trabajar, excepto en un canal de regadío que construían en los cerros cercanos. Además, Elena, su madre, se oponía a que se desempeñara como inquilino en alguno de los fundos